

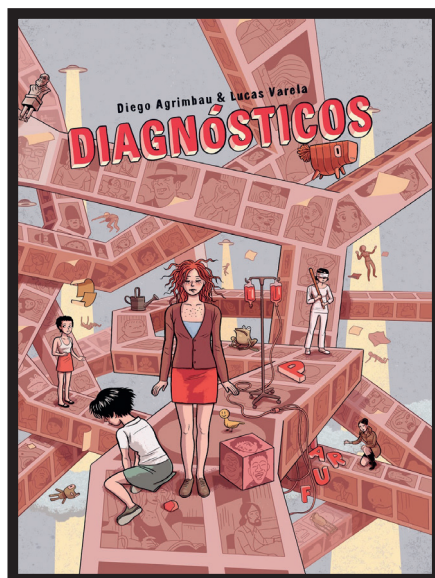
---

# Diagnósticos

DIEGO AGRIMBAU Y LUCAS VARELA

La Cúpula, 2016

A finales de septiembre de este año apareció, en las páginas del suplemento cultural del periódico *ABC*, una breve entrevista con el artista argentino Lucas Varela, que se anunciaba como la primera de una serie de conversaciones con historietistas y diseñadores, de la que —hasta la fecha— no hemos vuelto a tener noticia. La originalidad de aquella conversación, y de las que en teoría habían de llegar, era que el interpelado debía responder con sus propias ilustraciones y bocadillos. Pablo Martínez Pita, el entrevistador, arrancaba proponiéndole cuestiones anecdóticas, como que rememorara sus primeros dibujos o que esbozara su personaje de cómic favorito. Lamentablemente, la conversación no profundizaba demasiado en todo lo referente a su vertiente profesional, y las referencias a sus obras eran escasas, e incluso erróneas (como hablar de *La herencia del coronel* y de *El síndrome Guastavino* como si fueran dos tebeos diferentes). Aun así, Varela ponía bastante de su parte, y de sus respuestas se podían obtener conclusiones interesantes. Una de las más llamativas fue, por ejemplo, cuando, al hablar del tema central de *Diagnósticos*, recién publicado por La Cúpula, prefiriera utilizar el término «trastornos» antes que «enfermedades», que era el que había usado Martínez Pita en su pregunta. Puede que, en un principio, la rectificación nos sonara a una mera cuestión de cortesía para con las personas atañidas o una elección más políticamente correcta, sin embargo, tras leer el libro, resulta evidente que la puntualización no fue casual.



Una de las primeras pistas que tuvimos acerca de este cómic nos la proporcionó el también dibujante y crítico Pepo Pérez durante el verano de 2014. Por esas fechas, Pérez estuvo documentando en su blog, *Es muy de cómic*, su estancia en la Maison des Auteurs de Angulema. Con admirable regularidad, fue detallando el día a día de su estada allí en sucesivas entradas, y entre ellas destacaron, por su interés intrínseco, pero también por su exhaustividad, las dedicadas a describir el trabajo desarrollado por los otros residentes con los que coincidió en la institución. El primero de aquellos largos y sustanciosos *posts* estuvo dedicado a Varela, y se abrió con unas prometedoras muestras de *Diagnósticos*, la edición francesa

---

bajo el sello Tanibis (que contó con una beca del Centro Nacional del Libro de Francia). A renglón seguido, pasaba a describir los nuevos proyectos en los que estaba centrado: un álbum en solitario para Delcourt (*Le jour le plus long du futur*, aparecido en abril de 2015) y una historieta corta (*The Signal*), escrita por Diego Agrimbau, para la antología *Vertigo CMYK Quarterly*, editada por DC pocos meses después. En ese mismo artículo, nos aclaraba que Varela y Agrimbau ya habían pasado una breve temporada en Angulema unos años antes, cuando aprovecharon para rematar justamente *Diagnósticos*.

Uno y otro son bien conocidos en nuestro mercado. Por separado, y en compañía de otros, han participado en cabeceras más o menos populares (*Kiss Comix* en el caso de Agrimbau, o *El Manglar* y *¡Caramba!* si hablamos de nuestro dibujante), y sus trabajos de largo recorrido han sido adaptados por las principales editoriales españolas. De Lucas Varela hemos tenido la ocasión de leer, de la mano de Dibbuku, *Paolo Pinocchio* y la ya nombrada *La herencia del coronel*, escrita por Carlos Trillo, y que supuso el descubrimiento de la capacidad del ilustrador bonaerense para asumir influencias y recrearlas. Respecto a Diego Agrimbau, Norma hizo lo propio con sus colaboraciones con Dante Ginevra (*El muertero Zabaleta*) y con Gabriel Ippoliti (*Último Sur*), con quien además ganó el primer (¿y único?) concurso de cómics que convocó Planeta De Agostini (la obra era *Planeta extra*). Precisamente, *Último Sur* guarda algunas similitudes con el cómic que hoy nos ocupa. Coincidencias de estructura más que de contenido: las historietas breves autoconclusivas —en apariencia no relacionadas—, las alegorías constantes, los simbolismos, un centro de interés diferente para cada cuento, la inspiración artística (el teatro y la pintura), el afán discursivo.

En origen, *Diagnósticos* fue publicado por entregas en la revista *Fierro* entre 2008 y 2012. Es complicado valorar ahora, con la obra ya cerrada y compilada, cómo fue leerla entonces por primera vez, cuando los lectores hubieron de esperar entre la primera y la última casi un lustro. En apariencia, ese lapso de tiempo se nos puede hacer demasiado largo, fatal incluso si se tratara de un cómic de estructura clásica, es decir, con una trama que continuara de un capítulo al siguiente. En el caso de *Diagnósticos* no sucede esto. Los diferentes episodios no comparten unos mismos personajes ni tampoco un argumento, y aunque fueron concebidos como un todo, la estructura del conjunto es lo suficientemente flexible como para que cada una de las partes goce de la suficiente autonomía. Pero existe, por supuesto, una sintonía estética, un objetivo común y —ahí está la clave— un nexo temático. Ese vínculo clave lo explica Agrimbau en su propio cuaderno virtual, aclarando que son «seis historias experimentales realizadas bajo el concepto de unir un fenómeno mental con un recurso del medio secuencial». Esto es, que todas ellas se centran en la descripción de determinadas incapacidades psicológicas o neurológicas, a partir de sus posibles relaciones con el lenguaje del cómic. Ese original, al tiempo que arriesgado, punto de partida desmonta por completo cualquier idea preconcebida que pudiéramos tener al respecto, como destierra asimismo determinados prejuicios. El tono y las intenciones de este libro no casan, para nada, con lo que podríamos entender, en líneas generales, como un relato sobre la enfermedad. Lo que afecta, efectivamente, a las seis protagonistas de las otras tantas narraciones aquí incluidas son interferencias para percibir el mundo tal y como (creemos) que es. Esas mujeres viven en otra realidad, única y exclusiva, que se rige, desde su punto de vista, según los parámetros de los tebeos.





---

En este sentido, es lógico que funcionen mejor aquellas historietas en las que los autores han sabido detectar con mayor tino la conexión, en ocasiones íntima, entre fondo y forma. «Sinestesia» es posiblemente una de las más destacables. Al plantear el trastorno que le da título como una emoción subjetiva derivada de la confusión de sentidos, deciden que Lola sea una especie de vidente que ve —esa es la palabra— la huella que dejan onomatopeyas (que no ruidos) y globos en el escenario del crimen. Dicho atributo, pues así puede ser presentado, aunque suene contradictorio, la convierte en la colaboradora ideal de la policía en aquellos casos en los que carecen de pruebas suficientes para resolverlos. El resultado es un relato de misterio, gris y triste, que se retuerce sobre sí mismo, donde Varela limita al máximo la utilización del color, usándolo solo para oscurecer el ambiente y destacar la representación gráfica de los sonidos. También es importante la integración del texto en la imagen en el relato siguiente: «Afasia». Aquí la pérdida del habla relacionada con dicha dolencia se transforma en incapacidad para entender el lenguaje oral, por eso la narración carece de bocadillos, lo cual no significa que renuncie a las palabras. Estas están presentes, aun siendo una narración silente, por todas partes. El juego reside, en esta ocasión, en la rotulación, en el aprovechamiento comunicativo de los carteles, de los lomos de los libros, de las etiquetas de los productos de limpieza o de las tazas decoradas.

Llama la atención igualmente el uso de los efectos dinámicos en «Akinetopsia». En castellano, el vocablo adecuado para la ocasión sería acinesia, que hace referencia, según nuestro diccionario, a la ausencia, pérdida o cesación de movimiento; sin embargo, los autores han preferido optar por la raíz griega. Para resumir, lo podríamos definir como ceguera ante cualquier objeto o ser vivo que no esté totalmente quieto, una auténtica condena para alguien, como Ryoko, que trabaja de animadora en una productora de dibujos animados (una ocupación a la que tendrá que renunciar para dedicarse —bromas del destino— a dibujar mangas). Por lo tanto, las líneas cinéticas, esa peculiar forma que tienen los tebeos de reflejar el rastro de los cuerpos al desplazarse, campan a sus anchas, jugando, estrellándose contra los límites de la página. Fronteras presentes igualmente en «Claustrofobia», la única de estas historietas en la que su protagonista es consciente de su propia naturaleza, de su condición de heroína de papel. Es cierto que, en el prólogo de cada capítulo, todas son presentadas como muñecas recortables con sus peculiares herramientas, vestidos y complementos, pero únicamente es Soledad quien reconoce a su alrededor las paredes de esos paneles rectangulares que la encierran. Y no solo eso, también es capaz de ver a esos lectores omnipresentes que conocen los más mínimos detalles de su vida.

Por contra, los relatos que abren y cierran la colección están un escalón por debajo del resto. Pese a poseer personalidad propia e innegable interés, carecen de la conexión íntima, que sí existe en los otros, entre el trastorno elegido y el recurso gráfico pertinente. Los dedicados a la agnosia y a la prosopagnosia, relacionadas ambas con la alteración de la percepción, resultan demasiado convencionales, comparados con el resto. En el primero consiguen transmitir el desconcierto que acecha a Eva, que es, claro, el objetivo principal, pero de un modo demasiado evidente, muy poco sutil, sin dotar de consistencia el alarde de virtuosismo artístico que se marca Varela, que acaba por resultar vacío. El último, por su parte, partiendo de una premisa interesante —que trae a colación viejos fantasmas de la ciencia-ficción de

---

serie B— pierde pronto la gracia y resulta reiterativo. Aun así, al desterrar en todo momento cualquier tentación de dramatismo gratuito, se leen con agrado y no desmerecen en absoluto la nota global.

La razón de que todo funcione es posiblemente el grado de compenetración entre guionista y dibujante. Ambos logran que el resultado final sea coherente, contagiándonos durante buena parte de la lectura de esa sensación de anarquía, de caos, que se abate sobre las mentes de los seis personajes principales, casi desde la misma cubierta.

ÓSCAR GUAL

*Óscar Gual (1973), bibliotecario de profesión, viene colaborando en diferentes medios especializados en el mundo del cómic como Tebeosfera o Entrecomics. Es, además, autor del libro Viñetas de posguerra: Los cómics como fuente para el estudio de la historia (2013).*